

## Valcárcel y Mariátegui: el indigenismo radical de *Amauta*

Luis Veres

Según la mayoría de los historiadores, Valcárcel es «el indigenista cuzqueño de más vasta influencia en el Perú»<sup>1</sup>. L. E. Tord señala que las conversaciones que mantenía con Mariátegui deben haber pesado en los trabajos del director de *Amauta*<sup>2</sup>. En realidad, su variada y extensa obra confirma el hecho de que pudiera ser una notable influencia para Mariátegui<sup>3</sup>. Su obra más famosa, *Tempestad en los Andes*, es un «libro original, en que se combinan el lirismo con la prédica indigenista radical, y que a veces asume la tonalidad de profecía pura, tiene un contenido en que las estampas indígenas se alternan con la afirmación teórica de una doctrina, la poesía de los *ayllus* con la denuncia de la opresión terrateniente. *Tempestad en los Andes* viene a ser una especie de síntesis en que se combinan indigenismo, incaísmo, serranismo y andinismo, toda la gama conceptual de las ideas andinas»<sup>4</sup>.

La primera entrega de Luis E. Valcárcel para *Amauta* está constituida por los siete primeros textos de *Tempestad en los Andes*. Se publicó con el título de «Tempestad en los Andes» en el número dos de la revista. Valcárcel creó un nuevo género ensayístico con especial acierto, ya que fusiona en un discurso ensayístico fragmentos propios de este género con textos narrativos de ficción que ejemplifican y corroboran lo dicho en el cuerpo programático. En este primer capítulo de *Tempestad en los Andes* se agrupan seis bloques de tipo ensayístico y uno narrativo bajo el título de «La palabra ha sido pronunciada». La primera parte se articula como un ensayo

<sup>1</sup> José Tamayo Herrera, Historia del indigenismo cuzqueño, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1980, p. 186.

<sup>2</sup> L. E. Tord, El indio en los ensayistas peruanos, Lima, Editoriales Unidas, 1978, p. 107.

<sup>3</sup> Mariátegui le abrió a Valcárcel las páginas de su revista. Allí publicó varios artículos y varias partes de *Tempestad en los Andes*: «El problema indígena», n° 7, marzo de 1927, pp. 2-4; «Los nuevos indios», n° 9, mayo de 1927, pp. 3-4; «Génesis y proyecciones de *Tempestad en los Andes*», n° 11, enero de 1928, p. 21; «Sumario del Tawuantinsuyo», n° 13, marzo de 1928, pp. 29-30; «Hay varias Anéricas», n° 20, enero de 1929, pp. 38-40; «Motivos ornamentales incaicos: el álbum de Tupayachi», n° 22, abril de 1929, pp. 100-101; «Sobre peruanidad», n° 26, septiembre de 1929, pp. 100-101; «Duelo Americano», n° 30, abril de 1930, pp. 26-27.

<sup>4</sup> L. E. Tord, El indio en los ensayistas peruanos, ed., cit., p. 187.

ideológico en donde se exponen las principales tesis de Valcárcel: el Perú tiene una mayoría de población indígena frente a una minoría de raza blanca y mestiza; la población indígena es una masa informe, que no tiene conciencia de su situación de miseria, puesto que la Conquista detuvo el desarrollo de la sociedad incaica; la población indígena vive en condiciones de pobreza y no tiene acceso a los beneficios del Estado; está oprimida y sobre ella recaen todas las obligaciones y ninguno de los beneficios; si las clases dominantes no incluyen en sus programas de gobierno soluciones para remediar la pobreza de los indígenas, éstos se rebelarán. Pero junto a estas ideas, aparecen en su obra más famosa referentes que en la obra mariáteguiana se presentan con la misma radicalidad.

El primer texto se titula «Como un ladrón en la noche» y nos deja la impresión de que Valcárcel ve al indio «a través de una gruesa cortina literaria que no intenta asir la realidad»<sup>5</sup>. A lo largo de todo el texto, Valcárcel expone sus esperanzas en el resurgir de la masa indígena. Esta tempestad que partirá de los Andes y que Valcárcel prefigura como una marcha mágica, una revolución mítica, un resurgir del poderío inca adormecido por siglos de dominación, tiene su paralelismo en la idea del mito en los ensayos de Mariátegui: «El mismo mito, la misma idea (de la revolución socialista), son agentes del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etc. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante. ¿Por qué ha de ser el pueblo inkaico, que construyó el más desarrollado y armónico sistema comunista, el único sensible a la emoción mundial? (...) La fe en el resurgimiento indígena no proviene de un proceso de “occidentalización” material de la tierra quechua. No es la civilización, no es el alfabeto del blanco lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria»<sup>6</sup>.

En «Avatar», Valcárcel elogia las virtudes de la raza indígena y augura la unión de todos los pueblos que están aislados desde la Conquista. Aquí Valcárcel predica un punto clave: la incorporación del indio al mundo moderno sin perder la esencia de su cultura: «El indio vestido a la europea, hablando inglés, pensando a lo occidental, no pierde su espíritu»<sup>7</sup>. Se trata, al igual que en Mariátegui, de recoger todas las virtudes del pasado que fueron aniquiladas por el avance de la Conquista y asimilar los avances del

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 108.

<sup>6</sup> José Carlos Mariátegui, «El problema del indio», en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1923), Lima, Empresa Editorial Amauta, 1995, p. 35.

<sup>7</sup> L. E. Valcárcel, «Tempestad en los Andes», en *Amauta*, Lima, n° 1, septiembre de 1928, p. 2.

mundo moderno. El mensaje que transmite Valcárcel es una advertencia a las clases dirigentes. La rebelión se producirá si el hombre blanco no cambia de actitud y no incluye dentro de cualquier proyecto soluciones para el indio.

El proyecto nacional que escondía Valcárcel se veía en la visión del indio que ofrecía su prosa. Así, el personaje alcanza una definición nacional mediante la alegoría. El personaje particular adquiere la significación de un ente universal, pues el indio simboliza no un agente perteneciente al mundo de la ficción, sino que representa una función más amplia y a todos sus semejantes. En el realismo soviético, un hombre es todos los hombres y el ejemplo del actante ficcional ejemplifica al resto de agentes de la realidad que el autor quiere representar con una actitud que resulta aleccionadora. Pero aquí un indio no es todos los hombres, es todos los indios y, de la misma manera que los blancos quitaban la condición humana a los indios, Valcárcel invierte esta oposición discriminando a las otras razas. La narración se hace desde el exterior. No obstante el narrador es parcial en tanto que se pone del lado del indio y cuenta los acontecimientos desde un punto de vista que no era el del indio. Se hablaba del indio, pero no para que su historia fuera leída por indios, sino por los blancos y mestizos de las clases medias que debían cambiar su situación aprovechando el vacío del discurso político del régimen de Leguía, circunstancia de la cual, tanto Mariátegui como Valcárcel, eran conscientes.

La totalidad de lo publicado en *Amauta*, tanto en su parte programática, como en su parte narrativa, muestra paralelismos evidentes con el pensamiento de Mariátegui. No hay que olvidar que fue Mariátegui el autor del prólogo con el que *Tempestad en los Andes* apareció en su primera edición. Ambos autores parten de la misma realidad. Valcárcel da una respuesta telúrica y más abstracta que la de Mariátegui. Valcárcel adopta una postura lírica, mientras que Mariátegui pretende ser mucho más científico. Éste último, por su parte, fundamenta su análisis en un proceso económico. Por ello, Mariátegui «pone algunos reparos a la perspectiva arcaizante que anima esta obra»<sup>8</sup>. Sin embargo, los dos están de acuerdo a la hora de apreciar el impacto de la Conquista y Mariátegui señala: «Los conquistadores españoles destruyeron sin poder naturalmente reemplazarla, esta formidable máquina de producción. La sociedad indígena, la economía incaica, se descompusieron y anodaron completamente al golpe de la Conquista. Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comu-

<sup>8</sup> Vid. Antonio Cornejo Polar, «Mariátegui y su propuesta de una modernidad de raíz andina», en *Anuario Mariateguiano*, Lima, n° 5, 1993, p. 58.

nidades dispersas. El trabajo indígena cesó de funcionar solidario y orgánico. Los conquistadores no se ocuparon casi sino de distribuirse y disputarse el pingüe botín de guerra. Despojaron los templos y los palacios de los tesoros que guardaban; se repartieron las tierras y los hombres sin preguntarse siquiera por su porvenir como fuerzas y medios de producción»<sup>9</sup>.

Como consecuencia de esta ruptura se produce el desmembramiento de la nacionalidad peruana. Esto es una realidad que, tanto Valcárcel como Mariátegui, descubren y plasman en sus textos. Valcárcel señala: «Era una masa informe, ahistórica. No vivía, parecía eterna como las montañas, como el cielo. En su rostro de esfinge, las cuencas vacías lo decían todo: sus ojos ausentes no miraban ya el desfile de las cosas. Era un pueblo de piedra. Así estaba de inerte y mudo; había olvidado su historia. Fuera del tiempo, como el cielo, como las montañas, ya no era un ser variable, perecedero, humano. Carecía de conciencia»<sup>10</sup>. Por su parte Mariátegui alude al mismo hecho cuando dice: «A los indios les falta vinculación nacional. Sus protestas han sido siempre regionales. Esto ha contribuido, en gran parte, a su abatimiento. Un pueblo de cuatro millones de hombres, consciente de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos cuatro millones de hombres, mientras no son sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico»<sup>11</sup>. En estas condiciones, Mariátegui considera que la situación en que los españoles dejaron a los indios fue una situación de terror generalizado para la población, situación que la Conquista supo aprovechar a su favor: «La conquista fue, ante todo, una tremenda carnicería. Los conquistadores españoles, por su escaso número, no podían imponer su dominio sino aterrorizando a la población indígena, en la cual produjeron una impresión supersticiosa las armas y los caballos de los invasores, mirados como seres sobrenaturales»<sup>12</sup>.

Para Valcárcel todos los vicios y defectos del hombre peruano son de origen hispánico: la avaricia, el ocio, la envidia, la hipocresía, etc<sup>13</sup>. Para Valcárcel no existían injusticias durante el Incario y de ahí su craso error. Por eso aplica su guerra desatada contra el blanco viendo en él al antiguo conquistador y proclamando el despertar del Incario y el regreso a la antigua cultura nacional. Este empeño le lleva a resucitar la utopía del imperio

<sup>9</sup> José Carlos Mariátegui, «Esquema de la evolución económica», en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed., cit., pp. 13-14.

<sup>10</sup> *Amauta*, n.º 1, p. 2.

<sup>11</sup> José Carlos Mariátegui, «El problema del indio», en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed., cit., p. 49.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>13</sup> José María Arguedas, «Razón de ser del indigenismo en el Perú», en *Formación de una cultura nacional indoamericana*, México, siglo XXI Editores, 1975, p. 195.

incaico y a un anacrónico discurso lleno de racismo que exaltaba a la catedral del indigenismo: «... el fusil es indio. El autómatas que hoy dispara contra sus hermanos de raza dejará de serlo ¿y entonces? Quién sabe de qué grupo de labriegos silenciosos surgirá el Espartaco andino. Quién sabe si ya vive, perdido aún, en el páramo puneño, en los roquedales del Cuzco. La dictadura del proletariado indígena busca su Lenín (*sic*). (...) La única élite (*Sic*) posible, capaz de dirigir el movimiento andinista, será integrada por elementos raciales o espiritualmente afines al indio, identificados con él. Ese grupo selecto se incautará de técnica europea para resistir a la europeización y defender la indianidad.

(...) Sólo dos alternativas tiene el advenimiento de la Raza insurrecta: significará o la ciega destrucción en demoníaca lucha de razas o la evolución creadora con término en el Pacto o Contratus, estabilizador vital de todas las variedades étnicas asentadas en el 'habitat' peruano. Los obreros intelectuales estamos obligados a buscar la segunda Solución»<sup>14</sup>.

No obstante, esa «segunda Solución» difícilmente podía llegar de la mano de las amenazas y de la violencia con que Valcárcel llenaba sus escritos. Aún menos podían llegar de una «élite» que tomara los rumbos del país y que estuviera «integrada por elementos raciales o espiritualmente afines al indio». El concepto de la nación se fundamentaba así en la raza india y se discriminaba, al igual que lo hiciera Mariátegui, a las otras razas que habitaban el Perú. En este sentido tenía razón Mariátegui cuando en el prólogo de 1927 a *Tempestad en los Andes* decía que el libro tenía «algo de evangelio, hasta algo de apocalipsis». El problema estribaba en que también sus escritos, mediante los continuos trasuntos sorelianos, pecaban del mismo error: «su punto de mira del problema no es económico y social, sino racial y cultural. Las clases sociales no existen para Valcárcel, sólo las razas, y por eso usa la expresión Raza con mayúscula para hablar del indio. La tormenta que anuncia es apocalíptica, mesiánica y al mismo tiempo, vaga. Él mismo desconoce qué forma concreta adoptará. De lo que está seguro es de que comienza una nueva era, en la que los indios de los Andes despertarán de la somnolencia con la que a lo largo de los siglos han aceptado el desprecio, la humillación y la esclavitud y restablecerán su predominio —cuatro millones en un país de cinco— sobre sus explotadores y enemigos: el blanco y el mestizo»<sup>15</sup>.

Por su parte, Mariátegui veía en la tradición cultural una herencia irrenunciable a causa de la existencia en el Incanato de un comunismo agrario, por lo cual señala: «Los Inkas sacaban toda la utilidad social posible de esta

<sup>14</sup> Luis E. Valcárcel, «El problema indígena», en *Amauta*, n.º 7, marzo de 1927, pp. 2-4.

<sup>15</sup> Mario Vargas Llosa, *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 68.

virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio del Imperio construyendo caminos, canales, etc., lo extendían sometiendo a su autoridad tribus vecinas. El trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales»<sup>16</sup>. Y en otro texto añade: «La sociedad indígena puede mostrarse más o menos primitiva o retardada; pero es un tipo orgánico de sociedad y de cultura. Y ya la experiencia de los pueblos de Oriente, el Japón, Turkía, la misma China, nos han probado cómo una sociedad autóctona, aun después de un largo colapso, puede encontrar por sus propios pasos, y en muy poco tiempo, la vía de la civilización moderna y traducir, a su propia lengua, las lecciones de los pueblos de Occidente»<sup>17</sup>.

Por ello, el indio tanto para Mariátegui como para Valcárcel no requiere de gestos paternalistas; lo que necesita verdaderamente es una actitud crítica hacia el sistema económico. De ahí que ambos autores coincidan en criticar semejantes actitudes. Y Mariátegui, finalmente considera este tipo de actitudes gestos voluntaristas que no conducen a afrontar el auténtico problema: «La tendencia a considerar el problema indígena como un problema moral, encarna una concepción liberal, humanitaria, ochocentista, iluminista que en el orden político de Occidente anima y motiva las «ligas de los Derechos del Hombre». Las conferencias y sociedades antiesclavistas, que en Europa han denunciado más o menos infructuosamente los crímenes de los colonizadores, nacen de esta tendencia, que ha confiado siempre con exceso en sus llamamientos al sentido moral de la civilización. (...) La prédica humanitaria no ha tenido ni embarazado en Europa el imperalismo ni ha bonificado sus métodos»<sup>18</sup>.

La palabra se vuelve así una amenaza en la prosa de Valcárcel, una amenaza que desafía a la cultura oficial y que atenta contra el régimen establecido que margina al indio y le arrebató la dignidad. La palabra se vuelve una venganza que se manifiesta en cada relato mediante la muerte del blanco y la subversión sobre la rígida estructuración social de la oligarquía dominante. Pero esta palabra, que tanto para Valcárcel como para Mariátegui, pretendía ofrecer un proyecto nacional que sacara al país de su atraso, difícilmente iba a triunfar hermanada con el racismo y las amenazas, pues estos factores iban a funcionar como motivos de separación y no de unión entre los diferentes estratos que habitaban el Perú.

<sup>16</sup> José Carlos Mariátegui, «Esquema de la evolución económica», en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed., cit., p. 13.

<sup>17</sup> José Carlos Mariátegui, «El proceso de la literatura», en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed., cit., pp. 345-346.

<sup>18</sup> José Carlos Mariátegui, «El problema del indio», en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed., cit., pp. 40-41.